

# **CONSULTA POR EXPEDIENTE**

TRAGICOMEDIA SIN TERAPIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

**JAN THOMAS MORA RUJANO**

**Pieza seleccionada para participar en el  
Programa de Desarrollo de Obras Teatrales, Cimientos 2016 del  
Grupo de Teatro IATI de la ciudad de New York**

*A **Justina Rujano**, mamá.*

*Mi real modelo a seguir...*

*Mujer de nunca rendirse.*

*Gracias a ti nació esta pieza teatral.*

*Escribir es un acto que reconocemos como especial porque proviene de nosotros mismos y nos sorprende. Cuando esto sucede, es indicativo de que nos estamos instalando en algo que promete ser halagador...*

**José Ignacio Cabrujas (1976)**

*Un diagnóstico cambia tu vida...*

**Daniel García (2014)**

*Lo vuelvo a repetir, como en muchas oportunidades: si la realidad se parece a este texto, entonces la realidad sería una obra de teatro; por eso cualquier parecido con la realidad es mera eventualidad mía, respetando a los inocentes aquí reflejados.*

**EL AUTOR**

**CONSULTA POR EXPEDIENTE** fue estrenada el 29 de septiembre de 2016 en la Sala Rajatabla de la **Fundación Rajatabla**, por el **Grupo de Teatro Jóvenes Actores de Venezuela, JACC-Producciones**, en coproducción con la **Fundación Rajatabla** y el **Banco Central de Venezuela**. Contó con el siguiente reparto:

### **FICHA ARTÍSTICA**

Señora Bermúdez

**VERÓNICA ARELLANO**

Doctor López

**LUIS DOMINGO GONZÁLEZ**

### **FICHA TÉCNICA**

Audiovisual (Actores)

Realización de Escenografía

**DANIEL SOJO**

**DIANA PEÑALVER,**

**RODRÍGO RODRÍGUEZ**

**MARÍA BRITO**

**LUIS VICENTE GONZÁLEZ,**

**FRANCISCO DÍAZ PACO**

**VERÓNICA ARELLANO**

**KEVIN JORGES**

**LUIGIN PETREROTI**

**ABILIO TORRES**

**ELMER E. PINTO**

**JOSMARY GONZÁLEZ**

**JAN THOMAS MORA RUJANO**

**ÁNGEL PÁJARO**

Diseño y Realización de Vestuario

**ELMER E. PINTO**

**JOSMARY GONZÁLEZ**

**MARY CARMEN DUARTE**

Musicalización

**LUIS VICENTE GONZÁLEZ**

**LUIS VICENTE GONZÁLEZ**

Diseño de Arte

Operador de Sonido y Video

**YOELIA NICOL MORA**

**ELMER E. PINTO**

Producción Audiovisual

**LUIS VICENTE GONZÁLEZ**

**LUIS VICENTE GONZÁLEZ**

Producción de Campo

**ELMER E. PINTO**

**LUIGIN PETREROTI**

**YOELIA NICOL MORA**

Producción Ejecutiva

Diseño y Realización de Iluminación

**JAN THOMAS MORA RUJANO**

**DAVID BLANCO**

Producción General

Operación de Iluminación

**ELMER E. PINTO**

**LUIGIN PETREROTI**

Dirección General

Dispositivo Escénico y Escenográfico

**LUIS VICENTE GONZÁLEZ**

**LUIS VICENTE GÓNZALEZ**

## **PERSONAJES**

**SEÑORA BERMÚDEZ**, mujer de 50 años. Bella, a pesar de los golpes de la vida. Viste una especie de uniforme oscuro, esos de obrera de una clínica actual. Unos zapatos de tela como calzado, son negros, aunque están en muy buen estado, se nota que los ha usado por quince años, el tiempo que tiene trabajando en la clínica.

**DOCTOR LÓPEZ**, hombre de 50 años. Cree estar bien y poseer control de sus acciones. Cabellera larga y barba corta. Lleva puesto unos pantalones negros, zapatos marrones, camisa manga corta azul clara; por momentos se coloca una bata blanca, a veces la deja en su asiento. Lentes redondos en el rostro y un reloj grande en la mano izquierda. Porta una libreta pequeña de anotaciones con bolígrafo. El bolígrafo debe notarse que es rojo.

## ***EL PAÍS HACE SILENCIO...***

Leer una obra del dramaturgo Jan Thomas Mora nos lleva a pensar en algunos temas recurrentes que empiezan a formar parte, hace rato, de su intensa producción. La lucha social y el enfrentamiento de los binarios colectivos (izquierda- derecha/ Hombre- Mujer/ Homo- Hetero / Pobreza- Riqueza) se dejan ver cada vez con más fuerza en sus obras.

***Consulta por expediente***, nos trae a escena a dos personajes aparentemente bien fundamentados y delineados; una paciente de dedicación obrera que está siendo evaluada por un doctor psiquiatra que la escucha con cierta compasión. En los primeros momentos conocemos a una mujer sencilla, estereotipo de la venezolana infortunada común, madre de varios hijos, soltera, divorciada o abandonada, de vivienda humilde que debe trabajar para proveer el Hogar, *La Señora Bermúdez* se nos va mostrando como una mujer ocurrente, anecdótica que a pesar de su origen humilde y carente de estudios ha logrado a través de lecturas un discurso coherente y poético. *El Doctor López* escucha sosegado y atentamente mientras va dibujando clínicamente a su paciente. Sin darnos cuenta y con una delicadeza, propia de las artimañas escénicas del autor pronto nos vemos perplejos ante las confesiones del Doctor que pasa a ser paciente de los lectores de la pieza, es así como Paciente y Doctor se unen en un destino común y desmesurado que pareciera impreciso e indefinido pero pronto vemos a ambos personajes, unidos por la tragedia que asciende por setecientos

ochenta y cinco escalones mientras es observada por la mirada del hermano supremo.

***Consulta por expediente*** es una obra que crítica a la corrupción de un sistema que se ha desdibujado por falsos afectos, un sistema que se perfila y se extravía entre cuentos, cotilleo y rumores, un sistema que se interpreta según las miserias de la moral de cada quien (como la Licenciada María).

Lejos de deshonorar la memoria de alguno, el autor hace un llamado descarnado a mirarnos frente a la indigencia de valores, a la espuria moral en la que el venezolano transita en estos tiempos de desaciertos políticos y patrióticos, es un llamado al despertar de las voces de la conciencia individual porque *¡el país hace silencio!* Mientras todos como La señora Bermúdez preferimos declararnos locos.

***Marytere Buitrago***  
*Magister en Literatura Latinoamericana*  
*Marzo, 2015*

## **ACTO ÚNICO**

### **ESCENARIO Y ACOTACIÓN ÚNICA PARA LA PUESTA EN ESCENA**

LA OFICINA DEL DOCTOR LÓPEZ (CONSULTORIO DEL PSIQUIATRA LABORAL DE LA CLÍNICA). UN ESCRITORIO AL CENTRO IZQUIERDO DEL ESCENARIO, SOBRE ÉL ALGUNOS PORTARRETRATOS CON FOTOS DE LA FAMILIA DEL DOCTOR LÓPEZ, EN UNO GRANDE LA FOTO DE LA ESPOSA, EN OTRO MEDIANO SE ENCUENTRA LA FOTO DEL HIJO, ADOLECENTE, HACE UN MES QUE CUMPLIÓ LOS DIECIOCHOS AÑOS. EN OTROS PORTARRETRATOS, MÁS PEQUEÑOS, SE ENCUENTRAN FOTOS DE OTROS MIEMBROS TERCEROS DE SU FAMILIA, PRIMAS, TÍAS, SOBRINAS Y SOBRINOS, HASTA EL DE SU PERRO. EL PORTARRETRATO DONDE ESTÁ LA FOTO DE LA ESPOSA, COMO DONDE ESTÁN LAS DEMÁS FOTOGRAFÍAS, SON VISTAS POR LOS ESPECTADORES. EL PORTARRETRATO EN EL QUE ESTÁ LA FOTO DEL HIJO ESTÁ ACOSTADA ENCIMA DEL ESCRITORIO, TAPANDO LA FOTO; EL DOCTOR LÓPEZ LO HIZO AL LLEGAR AL CONSULTORIO. HACER LA ACCIÓN FUE MUY TORMENTOSO, ALGO MELANCÓLICO, DESESPERADO POR CONOCER DE UNA NOTICIA QUE LE CARCOME EL ALMA. LA OCULTA MUY BIEN, (CREE ÉL Y LO CREEMOS NOSOTROS). CARPETAS CON PAPELES, SE ENCUENTRAN DE UNA MANERA ORDENADA. TRES SILLAS, DOS FRENTE AL ESCRITORIO. LA OTRA SILLA ES DE ASIENTO EJECUTIVO, SE ENCUENTRA DETRÁS DEL

ESCRITORIO. EN EL FONDO SE DESTACA UN DIPLOMA GRANDE CON EL NOMBRE DE **RODOLFO LÓPEZ, (PSIQUIATRA)**. UN DIVÁN EN EL CENTRO DEL ESCENARIO (SON MÓDULOS DE ARMAR Y DESARMAR FÁCILMENTE). AL FONDO DERECHO UNA BIBLIOTECA PEQUEÑA DONDE ENCONTRAMOS LIBROS IMPORTANTES DE PSICOLOGÍA, PSIQUIATRÍA, AUTOAYUDA, METAFÍSICA; ENTRE OTROS. LA PUERTA DEL CONSULTORIO AL FONDO IZQUIERDO DEL ESCENARIO, ESTÁ FRONTAL A LOS ESPECTADORES.

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¡Tengo ganas de matarla!

DOCTOR LÓPEZ.- Cállese señora...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Bermúdez. Señora Bermúdez... ¡Nunca me llame por mi nombre!

DOCTOR LÓPEZ.- Señora Bermúdez.

SEÑORA BERMÚDEZ.- El mundo es de los vivos... no importa del bando político que seas...

DOCTOR LÓPEZ.- ¿Bando?

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¡Sí, bando! Todos son una cuerda de bandidos... Fíjese usted doctor psiquiatra. Yo, a los doctores como usted, los llamo loqueros... El único que no era un bandido era el hermano superior...

DOCTOR LÓPEZ.- ¿Hermano superior?

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¡Sí! ¡El hermano superior!

DOCTOR LÓPEZ.- Y, ¿quién es el hermano superior?

SEÑORA BERMÚDEZ.- Él, usted, ella, ellos... yo. Hoy día, todos somos el hermano superior.

DOCTOR LÓPEZ.- ¡No le comprendo!

SEÑORA BERMÚDEZ.- A él tampoco nadie le comprendió. Y es que a veces la muerte no nos llega estando viejos, sino cuando comienzan a olvidarnos. Desde hace rato han comenzado a olvidarlo... Aunque lo nombren, olvidan su alma...

DOCTOR LÓPEZ.- Sigo sin entenderle, señora Bermúdez.

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¿Es pecado ser pobre?...

DOCTOR LÓPEZ.- No... No es pecado ser pobre.

SEÑORA BERMÚDEZ.- Hace una semana creí lo mismo... Me reía de la pobreza, para que no me siguiera jodiendo como siempre lo hace. Pero cuando la lancé por las escaleras, me dije a mi misma: *mi misma, de verdad que ser pobre debe ser un pecado*. Y me asaltan arrecheras que no controlo. A veces me siento arrecha porque me encuentro sola, peleando por los derechos de todos... Así tuvo que sentirse en muchas oportunidades el hermano superior...

DOCTOR LÓPEZ.- ¿Quién es el hermano superior?

SEÑORA BERMÚDEZ.- Él...

DOCTOR LÓPEZ.- ¿Quién es él, señora Bermúdez?

SEÑORA BERMÚDEZ.- Mi hermano superior... Soy la mayor de siete hermanos. Los que quedan vivos. Siete murieron. Los mató la pobreza y sus demás complementos. Me tocó ser la hermana mayor... y partirme el lomo como una burra, para sacarlos adelante; así ayudar a mis viejos, que en la santa gloria estén. Cuando vi al pequeño que podía valerse por sí solo, comenzó mi nueva vida. Me casé. Tuve cuatro hermosos hijos. Con ellos perfeccioné mi amor de madre, ese que despertaron mis hermanos...

DOCTOR LÓPEZ.- Edad de sus hijos...

SEÑORA BERMÚDEZ.- El varón tiene veinticinco años, hace teatro... otro nuevo pela bolas para este mundo... es gay...

DOCTOR LÓPEZ.- ¿Le afecta?

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¿Qué sea gay o teatrero?

DOCTOR LÓPEZ.- Que sea gay.

SEÑORA BERMÚDEZ. ¡No! Me afecta que sea teatrero... Nunca vive en la realidad. Sueña con que algún día pueda ir al mercado y pagar con aplausos... y por dios que como recibe aplausos el coño e` madre ese. En todas sus presentaciones, bueno a las que he ido, recibe aplausos como arroz picado. Pero no recibe la misma cantidad de dinero... Lo que le pagan... le llega a sus bolsillos cada tres meses, a veces tarda más. Y así le digo: "hijo no quiero tronchar tus sueños, pero, ni tú, ni yo, y mucho menos tus hermanas comen cada tres meses...". Manuel se ríe. Así se llama mi hijo doctor psiquiatra... Me dice: "vieja,

un día de estos llegaré a ser un gran actor de teatro...” De esos que lo reconocerán en todas partes; “...seré famoso, y dejaremos de ser pela bolas...”. Ojalá que lo reconozcan rápido, pero que lo reconozcan vivo. No en la lápida de un cementerio...

DOCTOR LÓPEZ.- Y sobre su orientación...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Está bien orientado... qué le puedo decir, ser gay no hizo que perdiera su rumbo. Es verdad que a mí me hubiera gustado tener un macho... un varón pues. Un panadero, o quizás un mesonero casado con la Yuliana. Yuliana, es la hija de mi vecina Juana. Cuando ellos estaban niños, siempre decíamos la vecina y yo, que cuando crecieran, ellos se iban a casar... que nos iban a dar muchos nietos... ¡Pues no! A mi Manuel le gustó Pablo, el hijo de Juana y hermano de la Yuliana. Un escándalo para el barrio... Muchas lágrimas para mí, pero qué puedo hacer, es mi hijo. La Juana casi muere de la impresión... aún no lo ha superado. Del tiro, Juana se mudó del barrio... sin Pablo. Pablo vive con nosotros. Otra boca que alimentar... Por lo menos Pablo no hace teatro, y ayuda en la casa... a ese muchacho siempre le salen buenos trabajos... ¡Traficante de drogas! No sé si la consume, no creo... Lo que sí sé, es que se la vende a los niños ricos que en varias oportunidades han tocado la puerta de mi rancho. Hay algunos hijos de los doctores de esta clínica que han ido a mi casa... Sorpresa es encontrármelos al otro lado de la puerta. Quince años trabajando en esta clínica me hace conocerlos muy bien. Los acomodados piensan que, por tener dinero, no se debería tener problemas, por eso abandonan a sus hijos... a la suerte de su propia suerte. La suerte es la mentira más grande que he conocido... conozco la

suerte en la mentira, no en la verdad. Sabe doctor psiquiatra, cuando llegué con mi marido al cerro donde vivo ahora, comencé a vivir sin suerte. Yo vivo donde terminan las escaleras del cerro, a setecientos ochenta y cinco escalones de subida, como de bajada del lugar donde te deja el jeep... ¡Cuando hay jeep! Y pensar que todos esos escalones los suben los niños ricos cuando necesitan del vicio que quizás los hacen sentir afortunados ante las vicisitudes de este mundo. Yo los subo sin suerte de encontrar nada, solo con la firme alegría de llegar a mi rancho... y así sumarle otro día de vida a mi vida. Eso siempre le digo a Manuel: sumarle otro día de vida a la vida... Él es quien siempre me llega tarde, el que tiene que subir solo, los setecientos ochenta y cinco escalones. A veces lo busca Pablo, cuando no trabaja de noche, eso dice él, que trabaja de noche... sé que es mentira, pero bueno, me las creo para no ahondar en detalles sobre sus actividades. Son más las veces que Manuel sube solo, que, acompañado por él, o de otro cristiano que lo acompañe. Ya tiene veinticinco años haciéndolo, bueno, restándole el tiempo que lo subí cargado en mis brazos. Las noches del cerro siempre están solas, cuando hay sonidos, son los de los perros que ladran desde lejos en busca de repuestas de alguien, así sean las respuestas de los malandros... Encomiendo los setecientos ochenta y cinco escalones que tiene que subir Manuel a la virgen del Carmen, cosa que no hago con Pablo. Se cuida mejor. Manuel vive en otro mundo, a lo mejor en el mundo de alguna historia dejada en muchos de los escenarios que se ha presentado... Por eso lo han atracado dos veces subiendo a la casa... escalón quinientos sesenta y dos, justo en la vuelta *El Perro*, donde el poste no sirve porque siempre le rompen los bombillos lanzándole piedras... Manuel no ha sido cobarde, así esté con miedo es brioso... con mucha

voluntad. La segunda vez que lo robaron era de madrugada, traía consigo un dinero que le habían pagado en el teatro. El Alacrán y el Morocho le salieron en la vuelta con una pistola del Quesuo... El Quesuo era el matón líder del cerro... el Quesuo y el Alacrán están muertos... dicen que en problemas de bandas murieron... Pero bien, esa madrugada montaron sobre la cabeza de mi Manuel una pistola que no era de juguete, así me dijo después el Morocho... a los malandros líderes de cerros hay que tenerlos de amigos, así nos hayan jodido. Después que llegas a pensar desde ellos, logras ganarte el cielo y no se vuelven a meter con tu familia... Fue una equivocación, no quería robar a mi muchacho, pero fue el único que pasó a esa hora. Nadie lograba satisfacer las necesidades de estos mal nacidos... le tocó a mí Manuel. Así que llegó a esa escena, donde se convirtió en la víctima, perdiendo lo poco que cargaba encima. Cuando me pegó gritos para que le abriera la puerta del rancho y con su ropa llena de sangre por los golpes recibido, sentí que algo dentro de mí moría, al mismo tiempo que le daba gracias a Dios por verlo vivo... lo perdió todo, menos lo más importante, su vida. Gracias a Dios, a mi Manuel tienen años que dejaron de atracar, pero igual sube asustado, como yo sigo asustada, parada en la ventana que da a la calle, esperando ver su cuerpo sudado y con sus ojos en reposos por haber llegado al rancho... Me pregunto, solo a veces, ¿a estos muchachitos adinerados, de papá y mamá, no les asustan los setecientos ochenta y cinco escalones que tienen que subir para venir a comprar la porquería que se meten? Pero como me dice Pablo: "cuando se quiere algo, con la obsesión de quien quiere un viaje sin retorno a la luna, para escapar de los problemas, se visita el mismo infierno, se toma café con el mismo diablo y se le tranca la puerta en la cara para marcar la retirada...".

Cosas de muchachos doctor psiquiatra... Lo que sí es cierto es, que pa' vivir donde yo vivo se puede ser de todo y también tener de todo, menos miedo.

DOCTOR LÓPEZ.- Cuando niño, yo viví doscientos escalones menos de los que sube usted y su familia. Aprendí a no tener miedo, sin embargo, lo conocí de cerca. Me tragaba el susto para comenzar la subida... y aunque son épocas diferentes, era mi miedo. Y sí, muy distinto a este que se vive hoy día y no solamente en el escalón quinientos sesenta y dos, sino en el autobús, frente a un cajero automático o en la entrada principal de esta clínica. Cuando mi hijo sale y permanece por mucho tiempo lejos de la casa, y sin saber dónde está, mi mujer y yo imploramos a Dios que nos lo traiga sano y salvo... Uno comenzó a vivir la resta de la vida, y así le vas sumando un día más a la sobrevivencia de tu nuevo día, ese que comienza con la salida del sol... o hasta con la salida de la luna... Y no es así señora Bermúdez, no todos los acomodados, ni los ricos... ni los pobres, dejan las cosas a la suerte de la suerte... ¡A mí también se me acabó la suerte!  
¿Sus otros hijos?

SEÑORA BERMÚDEZ.- Mariana murió cuando tenía un año y cinco meses... ¡Aún sigue viva en la casa! Todas las noches le prendo una vela y le coloco un vaso de leche en una pequeña mesita en la que acomodé a mis muertos... Ya la mesa se me hace pequeña. Tengo dieciocho años prendiéndole una vela, con el vaso de leche... haciendo lo mismo para recordarla, para sentirla con su espíritu cerca del mío... De un tiempo para acá le prendo la vela por semana. Todos los lunes, día de las ánimas del purgatorio. ¡Todo está muy caro! Y el vaso de leche se lo coloco

una vez al mes... cuando consigo la leche... casi no encuentro leche... No encuentro harina, bueno, casi no encuentro nada... ¡Ni paz! ¡Soy revolucionaria!

DOCTOR LÓPEZ.- No le comprendo.

SEÑORA BERMÚDEZ.- La revolución me hace tener resistencia. Pienso en el hermano superior y me calmo. La revolución hace que mis ánimos no caigan al suelo, que se me alimente el alma, recordando cada día las palabras de mi hermano superior. Aunque todos en la clínica me jodan... ¡Hasta ella!

DOCTOR LÓPEZ.- ¿Quién es ella?

SEÑORA BERMÚDEZ.- La licenciada María...

DOCTOR LÓPEZ.- ¡A la que usted le produjo el accidente!

SEÑORA BERMÚDEZ.- Exacto... La que lancé por las escaleras, doctor psiquiatra. ¿La conoce?

DOCTOR LÓPEZ.- ¡No mucho!

SEÑORA BERMÚDEZ.- Aquí nos conocemos todos. Desde hace diez años son los mismos rostros jodiendo, que digo, mandando. Cuando yo llegué a esta clínica, hace quince años, estaba el hermano superior por todas partes. Se olían buenos aires, otros podían pensar distinto al régimen de turno, con todo y que el régimen cumplía a cabalidad con sus funciones... yo siempre he pensado igual al régimen, con o sin hermano superior. El hermano superior nos enseñó a creer en el nuevo régimen. Otros criticaban acciones para sus mejoras... ahora no. Te joden si

piensas distinto, te hunden en la lencería o en el cuarto de obreros y no te dan la oportunidad de surgir. Soy la empleada más vieja aquí, y sigo en el mismo lugar, el régimen no permite que las posiciones de las cosas se muevan... se modifiquen.

DOCTOR LÓPEZ.- Son muy duras sus palabras, señora Bermúdez... incluso la pueden meter en problemas...

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¿Usted me va a delatar doctor psiquiatra? Ustedes los doctores, son como los curas, siempre tienen nuestros desahogos en secreto de confesión.

DOCTOR LÓPEZ.- No he dicho eso señora Bermúdez. Usted es mi paciente, y mis pacientes son sagrados para mí. Les brindo la mayor confianza a sus lamentos... a sus desahogos. Contemplo y me apiado de sus penurias, sin que estas me afecten. ¡Con las mías tengo!

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¿Es gay su hijo?... ¿drogadicto? ¿Su esposa le es infiel? ¿Su hijo tiene alguna enfermedad? ¿Se acuesta en las mayorías de las noches con un vaso de agua en la barriga, por qué no tiene otra cosa que comer?

DOCTOR LÓPEZ.- No, señora Bermúdez.

SEÑORA BERMÚDEZ.- Entonces no tiene penurias. No sabe lo que es pasar trabajo, doctor psiquiatra.

DOCTOR LÓPEZ.- Tampoco soy rico... Ni nací doctor. Me he partido el lomo para llegar a donde estoy, para tener lo que tengo. Estudié en una época dura... A

veces con sólo el pasaje iba a la universidad. No pelaba la cola del comedor, si lo hacía, sabía que tenía que pasar hambre todo el día. Eso no limitó que me formara, que me convirtiera en doctor...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Eso es importante. Algunos nacen con mayor suerte que otros, doctor psiquiatra. Mi marido era albañil y de los buenos. No está muerto, me divorcie de él. Cuando conseguía trabajo lo hacía bien. A él le afectó mucho que Manuel fuera gay. Lo odió y creo que lo odia mucho, aunque a veces, solo a veces, se alegra de sus presentaciones. De sus obras de teatro. Con las morochas se alegró mucho. Aunque no son sus hijas. Nunca lo supo. Le hice creer que Andrea y Victoria eran sus hijas. Llevan su apellido. Andrea es una niña normal, Victoria nació enferma. Las morochas tienen catorce años. Una, catorce años normales, mi otra hija, catorce años de enfermedad, de tristezas... digo yo que de tristezas, aunque siempre la hacemos feliz en la casa, y hasta en el barrio.

DOCTOR LÓPEZ.- ¿Victoria es la niña que operaron aquí, en la clínica?

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¡Sí! A los dos años me la operaron de emergencia doctor psiquiatra. Si no se le hacía esa operación, podía morir por el derrame interno que le produjo un medicamento que yo misma le auto mediqué, a raíz de una fiebre que no se le quitaba. Pedí ayuda a los demás hermanos del hermano superior... aún espero la ayuda. Los demás hermanos no son como el hermano superior.

DOCTOR LÓPEZ.- Y, ¿por qué no le pidió ayuda directa a “su hermano superior”?

SEÑORA BERMÚDEZ.- Al hermano superior era difícil llegarle doctor psiquiatra. Aunque el hermano superior se debiera al pueblo, era y es mucho pueblo para un solo hermano. La mayoría de los demás hermanos no son el hermano superior. No se deben al pueblo, por completo. Y eso que otro hermano superior nos habló de lo que debíamos hacer en su ausencia... "...esta tarde sobran las palabras. Y cuando sobran los sentimientos las palabras no lo traducen. Permítanme callarme la boca porque tengo muchos años... he visto muchas manifestaciones como esta, y se me llena el alma de recuerdos y de nombres que no están. Yo respeto y por encima de todo hay un hombre que está dando una batalla por la vida y está en el corazón de ustedes, eso es lo que tiene sentido, pero si mañana no está, unidad, paz y trabajo queridos compañeros..." ¡Lo olvidan!

DOCTOR LÓPEZ.- Victoria...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Niña bella para este mundo... Mi victoria perfecta, a pesar de los fracasos.

DOCTOR LÓPEZ.- Andrea...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Me ayuda bastante con las labores de la casa y con Victoria cuando vengo a trabajar. La ama mucho, claro, es su complemento... A veces me asusta que se canse y se amargue por cuidarla tanto, pero qué puedo hacer, no cuento con más nadie. Ya mi sobrina, la que las cuidaba, salió preñada y se fue del cerro con su marido... ¡No puedo perder este trabajo! Trabajé hasta que la barriga de las morochas me lo permitió... cuando mucho una semana antes de parir me ausenté de la clínica... Y bastó un mes de mi recuperación, el mismo

que tuve para convencer a una sobrina, que me las cuidara mientras yo hacía mis guardias en la clínica. La junta directiva me quería dar más tiempo para dedicarle a Victoria, por su enfermedad natural. ¡No lo acepté! Cargaba con mi muchacha a la clínica cuando era necesario... cuando la enfermedad lo obligaba. Comenzaron a quererla en la clínica. ¡La clínica la ama! Por eso no me cobraron nada cuando me la operaron...

DOCTOR LÓPEZ.- Y, ¿Manuel?

SEÑORA BERMÚDEZ.- Él me ayuda, algunas veces con el mercado, así sea pidiendo prestado me consigue las cosas que necesito, como las que necesitan las niñas. La mayoría de su tiempo no es de nosotros. Como él siempre dice: “mamá, yo me debo a los aplausos...”. Claro hijo... En esos momentos elevo la mirada al cielo para no llorar. ¡Yo me debo a las deudas y a lo jodida que está la vida!

DOCTOR LÓPEZ.- La licenciada María...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Esa es una perra que jode a la gente zurda... a los de izquierda pues. Soy zurda doctor... soy de izquierda... Gracias a Dios que no nací derecha. Siendo de izquierda, se ve el mundo de otra forma. Los zurdos no vemos el mundo como lo ven los comunes derechos. Es que somos los excluidos... los extraños. Los ambidiestros que debemos jodernos más pa' calar en este mundo... Así pues... como el hermano...

DOCTOR LÓPEZ.- ¡El hermano superior!

SEÑORA BERMÚDEZ.- Era zurdo. Se jodió desde la izquierda... por nosotros. Al hermano superior no le importaba la mano con que uno escribiera. ¡Murió zurdo!

DOCTOR LÓPEZ ¡Bien! Señora Bermúdez, usted habla con muchas metáforas que hacen difícil entender su personalidad. Coloca palabras que hacen abrir más aristas... cuando digo aristas...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Se muy bien lo que son las aristas, doctor psiquiatra. Soy obrera, pero leo mucho, no soy bruta, aunque solo tenga un sexto grado a medias, y no un diploma, como lo tiene usted.

DOCTOR LÓPEZ.- ¡Perdone! Bien... las aristas que usted genera, me hacen escribir distintas ideas que no puedo unificar para su expediente...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Todas las ideas llevan al mismo sitio doctor psiquiatra. Es un solo expediente... el expediente de la vida. Me cansé de los maltratos de la licenciada María y de este actual régimen de la clínica. No puedo entender, cómo se pueda joder tanto a un ser humano.

DOCTOR LÓPEZ.- La complejidad humana, señora Bermúdez, es incomprensible, irresoluble... Se puede llegar a "joder", como usted dice, sin saber que se está jodiendo a la otra persona...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Ella sabe que está jodiendo, doctor psiquiatra. Por eso se afinca. Ella quiere cobrar unas facturas que se me fueron exoneradas... después de doce años. La junta directiva y administrativa de aquel momento asumió los gastos de la operación de mi Victoria. No me cobraron nada... ahora viene ella, a

entrometerse en un trámite, que no sabía que existía... Es una recién llegada, que impuso este nuevo régimen para jodernos o joderme la vida en el nombre de una eficiencia... y yo me pregunto, ¿una eficiencia de qué? ¿La eficiencia de los que tienen poder sobre los que estamos jodidos? Y la de los que tienen que afincarse en chuparnos hasta la última gota de sangre, para cubrir así las estafas de otros... ¡Hasta la de ella misma! A lo mejor ha estafado a la clínica... al país, y quiere cubrir su fechoría con las facturas que sacó a la luz pública sobre la operación de mi niña... Su pasado la condena... su presente también.

DOCTOR LÓPEZ.- Señora Bermúdez, no hable de esa manera, le repito que se puede meter en problemas...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Lo que costó la operación de mi niña hace doce años, es una miseria hoy día doctor psiquiatra. Una miseria que tampoco pienso pagar, primero, es una miseria para la clínica, pero mucha plata para mí... A lo mejor ese es el neto del capital que me darán a mí cuando me jubilen. ¡Una miseria! Segundo, la clínica me exoneró el pago de la operación de Victoria...

DOCTOR LÓPEZ.- De eso no hay constancia por ninguna parte...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Pero hay palabra doctor psiquiatra. El doctor Gómez, y la licenciada Fernanda, que presidían la junta directiva de aquel momento lo aseveraron y siempre me lo dejaron claro: "No se vaya a preocupar por la operación de Victoria...". "La clínica asume la deuda...".

DOCTOR LÓPEZ.- Ellos deben venir ante esta nueva junta directiva y dejar por escrito tal resolución... Tal decisión.

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¡Están en eso! El doctor Gómez es como el hermano superior... aunque no comulguen las mismas ideas, tienen criterios unificados. Hablé con el doctor Gómez y me indicó que me quedara tranquila, que él en la próxima junta directiva y administrativa solucionaba eso...

DOCTOR LÓPEZ.- Eso no lo sabía...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Si doctor psiquiatra... El doctor Gómez me dijo eso...

DOCTOR LÓPEZ.- ¿Eso pasó después de que usted lanzara a la licencia María por las escaleras?

SEÑORA BERMÚDEZ.- Antes...

DOCTOR LÓPEZ.- No entiendo entonces, por qué la lanzó... ¿por qué no se contuvo? ¿Por qué hizo eso?

SEÑORA BERMÚDEZ.- Tenía que hacerlo doctor psiquiatra... aunque el doctor Gómez me hubiera dado su palabra, ella seguía jodiéndome. Amenazándome con meterme a la cárcel incluso, si yo no pagaba la deuda...

DOCTOR LÓPEZ.- Pero usted sabía que eso tenía solución...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Fueron muchas las lágrimas derramadas ante estas acusaciones... en esto si soy bien blandengue. ¡No me parezco al hermano superior! Las lágrimas se me convirtieron en ira y venganza... por eso la lancé...

El muchacho me lo aconsejó, esa misma noche que se comía la arepa mientras esperaba a Pablo... Creo que no era septiembre.

DOCTOR LÓPEZ.- ¿El muchacho? ¿Es un amigo malandro de Pablo?

SEÑORA BERMÚDEZ.- Antes no era malandro... realmente nunca lo ha sido. Nunca lo llamé por su nombre... así lo pidió siempre: "Nunca me llame por mi nombre..." Y así hicimos. ¡Nunca se le llamó por su nombre! Así se fue quedando, como el muchacho, el muchacho para esto, el muchacho para aquello... ¡Ya no sé qué es hoy en día ese muchacho!

DOCTOR LÓPEZ.- ¡Usted me enreda! Y volviendo al tema, ¿sabe que, por lanzarla por las escaleras, puede ir a la cárcel? Es un intento de asesinato.

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¡Lo sé!

DOCTOR LÓPEZ.- Y, ¿qué piensa hacer?

SEÑORA BERMÚDEZ.- Nada. Esperar a su diagnóstico... Y que el diagnóstico determine lo que tenga que pasar conmigo...

DOCTOR LÓPEZ.- ¿No pensó en sus hijos?

SEÑORA BERMÚDEZ.- Claro... y más en mi Victoria. Su cara angelical me alimentaba la fuerza de no dejar pasar la oportunidad y tirarla una y mil veces más por las escaleras, de ser necesario. Enseñarle que su régimen es corrupto, y que no va a venir a joderme, pensando en ideas mal interpretadas del hermano superior. Yo sé que el molino ya no está, pero el viento sopla todavía...

DOCTOR LÓPEZ.- Sin metáforas señora Bermúdez. Usted intentó asesinar a una persona... La junta directiva está preocupada por usted. No quieren que vaya a parar a la cárcel... Piensan en Victoria y se apiadan de usted... ¡Quieren ayudarla! Por eso la consulta... ¡Por eso estoy yo aquí!

SEÑORA BERMÚDEZ.- Decláreme loca...

DOCTOR LÓPEZ.- No puedo hacer eso...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Claro que puede... Sé muy bien que usted puede hacer que la clínica, no, que la clínica no, que este régimen que manda en la clínica, perdone lo que hice. Usted con decir que me encontraba en qué sé yo, que cuadro clínico, psíquico, metafísico o psicológico, ayudaría a que no me metan presa... Además... ella está viva.

DOCTOR LÓPEZ.- Yo no puedo hacer eso... Y sí señora Bermúdez, la licenciada María está viva, pero usted por poquito la mata...

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¡Diga que fue una brujería! Que yo estaba poseída por un demonio... Invente lo que sea... Además, este régimen cree más en los inventos que en la realidad que se vive... La clínica vive de inventos... ¡El país vive de inventos! Por eso es que los hechos de nuestras vidas se reflejan en nuestras manos, doctor... Las manos son las que hacen los inventos. Vea mis manos. Mis manos con color a cerro y a pobreza.

DOCTOR LÓPEZ.- Si señora Bermúdez, las manos reflejan nuestras vidas... Las mías son de un hombre formado con principios para ayudar. Para cumplir con la verdad. Ayudar a mis pacientes...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Bueno, ayúdeme doctor psiquiatra.

DOCTOR LÓPEZ.- Lo que usted me pide no es correcto. Yo no puedo diagnosticar algo que es falso...

SEÑORA BERMÚDEZ.- A lo mejor estoy loca y usted no se ha dado cuenta. A lo mejor he fingido este discurso, y usted se lo ha creído. Los políticos lo hacen... ¿Napoleón no lo hizo?

DOCTOR LÓPEZ.- Usted no es político y muchos menos Napoleón, señora Bermúdez. No trate de crear un doble discurso de lo que no se es. ¡Asuma su responsabilidad!

SEÑORA BERMÚDEZ.- El mundo está cambiando doctor psiquiatra, fíjese: antes, los hombres se le quedaban viendo a una y te decían piropos, piropos que a veces gustaban... otros eran babosos. ¡Ahora no! Los hombres, como las mujeres solo se te quedan viendo cuando tienes bolsas con la harina pan, con papel higiénico, o con un kilo de leche, y una creyendo que te van a decir un piropo, pero que va... terminan preguntándote por el lugar dónde compré la harina, el papel o la leche. Por todas partes hay colas, vivimos en el país de las colas. ¡En el país de los inventos! Por eso es que una vez al mes le pongo el vaso de leche a mi Mariana. Amo ser como soy... moriré siendo como soy... ¡Revolucionaria!... Y la asumo

doctor psiquiatra, siempre asumo mi responsabilidad... Hoy quiero asumirla desde la locura... ¡Mi nuevo invento!

DOCTOR LÓPEZ.- Dejemos el juego ya... ¡Deje los inventos!

SEÑORA BERMÚDEZ.- No estoy jugando... Sé que el asunto es muy serio, y desde la seriedad de mi locura inventada, le pido por lo más sagrado para mí, que son mis hijos y el hermano superior, que por favor declare que estoy loca... Yo sé que usted puede ayudarme.

DOCTOR LÓPEZ.- Los médicos somos como los curas, no podemos decir mentiras...

SEÑORA BERMÚDEZ.- No hablemos de curas... ¡Esos son otros inventos! Los curas son el disfraz de Dios en la tierra. ¡Ninguno sabe llevar correctamente el disfraz! No caracterizan correctamente su papel, así diría mi Manuel. Además, doctor psiquiatra, los médicos no creen en curas... ni en Dios... Los médicos son hombres de ciencia.

DOCTOR LÓPEZ.- Yo creo en Dios, a mi manera, pero creo...

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¿En curas?

DOCTOR LÓPEZ.- No mucho...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Ramona limpiaba la sacristía y la casa cural del padre Robert. Un joven sacerdote, buenmozo, que había llegado al pueblo, cuando yo tenía diez años. Mamá todos los días nos llevaba a misa. Ramona de domingo en

domingo comenzó a no aparecer en la misa. La última vez que se le vio, tenía una barriga que no fue concebida por el espíritu santo. El padre Robert en el sermón de cualquier domingo explicó que la joven Ramona había decidido mudarse con el padre de la criatura a otro lugar... a otro pueblo. El padre de la criatura era él... el pueblo al que se mudaría era el sótano de la iglesia. Pasaron siete años, cuando el padre Robert tuvo que dejar esa parroquia y congregarse en otra. A Ramona se le descubrió entre el polvo de las cosas, cubierta entre las sábanas blancas que cubría las imágenes de yeso en ese oscuro y húmedo sótano. Se le confundió así con una imagen más, de las muchas que ahí se encontraban. A lo mejor viva, pero muerta en el tiempo. Del niño no se supo nada... El padre Robert pasea de parroquia en parroquia, con el único monaguillo que ha conservado desde que se fue del pueblo... según él, niño abandonado por sus padres a los siete años en la puerta de la iglesia. Criado y educado por él... Su hijo, doctor psiquiatra...

DOCTOR LÓPEZ.- No invente más historias, señora Bermúdez... con la del hermano superior es suficiente...

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¿Suficiente para declararme loca?

DOCTOR LÓPEZ.- ¡No! Suficiente para saber que posee un alto nivel de imaginación y de contar historias asombrosas que pueden sonar muy convincentes, casándose perfectamente con la realidad. Pero ya con lo del curita se pasó...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Por todas partes están los ojos del hermano superior. De cualquier color, en cualquier textura. Te vigila firmemente. Y es que este régimen,

se siente seguro entre los ojos del hermano superior, no sé si es adrede o por conveniencia... Yo también me he sentido segura, el hermano superior me mira y me protege con su mirada... bueno, eso creo yo, y eso cree él, que no ha creído en ninguna otra mirada. No hay mirada más segura que la del hermano superior en estos momentos... aunque no esté. A veces me pregunto si el hermano superior nos ve desde dónde está. Extraño su mirada real, su presencia de gigante que unificaba ideas... es una fuerza que hemos perdido, doctor psiquiatra.

DOCTOR LÓPEZ.- Ya señora Bermúdez... no hay ningún hermano superior. Reconozca que usted inventa todas estas historias, no sé con qué propósito, pero las inventa...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Declare que estoy loca...

DOCTOR LÓPEZ.- No señora Bermúdez. ¡Usted no está loca!

SEÑORA BERMÚDEZ.- Entonces, ¿usted cree en el hermano superior?

DOCTOR LÓPEZ.- No existe ningún hermano, y usted no está loca...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Hace un año, en una noche de un septiembre caluroso, un joven de dieciséis años, a punto de cumplir los diecisiete, tocó la puerta del rancho. Buscaba a Pablo... mejor dicho, buscaba la droga que Pablo le proporcionaba. El nombre del chico no lo sé: "Nunca me llame por mi nombre". - Me dijo siempre-. La primera noche llegó mojado, eran las siete de la noche... llovía mucho. Al chico lo condujo el Morocho a la casa, por eso llegó vivo y con todas sus pertenencias. A un extraño en cualquier cerro siempre le puede pasar

algo. A lo mejor por eso Manuel nunca ha traído a nadie para la casa... Me llamó mucho la atención la cara de ese niño. Una textura tan fina y cristalina, como la de cualquier galán de serie de televisión, con unos ojos verdes, como verde es la esmeralda. Rasgos tan delicados y unas manos tan suaves y blancas... en ellas se reflejaba el problema de esta búsqueda incorrecta... ¡Era maricon! Maricon no aceptado por su padre, creo que solamente por su madre. Las madres aceptamos todo doctor psiquiatra. La segunda noche el niño continuó buscando a Pablo... no, a la droga. Pablo se la vendió. Yo no puedo opinar en estas operaciones. Es su negocio, y aunque no esté correcto, que lo sé, es el negocio que muchas veces ayuda a que en la casa no falte el mercado en la despensa. ¡Así ha pasado un año y algo más...!

DOCTOR LÓPEZ ¿Otro cuento? Déjeme sentarme en el diván para escucharla con más atención...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Claro... El paciente y su doctor psiquiatra. Una noche llegó drogado... Ya no era septiembre... Fue en ese algo más... Me asusté mucho, su cara cristalina era opaca, a lo mejor de tanta droga o de tantas noches sin dormir. Se defendía muy bien en el cerro, ya no lo acompañaba el Morocho, solo se acompañaba él. Me preocupaba por él. Pensaba en setecientos ochenta y cinco escalones que subía y en donde podía perder su vida. ¡Había pasado un año... había pasado más tiempo!

DOCTOR LÓPEZ.- Mi hijo tenía conociendo un año y algo más... un cerro donde los escalones son eternos... ¡Lo conocía tanto! Mi hijo consume o consumía droga... Mi hijo es maricon.

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¿Le molesta?

DOCTOR LÓPEZ.- ¿Qué sea drogadicto? ¿Qué conozca muy bien las escaleras del cerro? O, ¿qué sea marico?

SEÑORA BERMÚDEZ.- Ambas dos, inclusive...

DOCTOR LÓPEZ.- Si me molesta. Y me molesta que también subiera escaleras interminables de cerros donde lo que iba a buscar era droga, y quien quita, hasta sexo con otros hombres tan iguales o peores de depravados que él. ¡Mi hijo ya no sube escaleras!

SEÑORA BERMÚDEZ.- El muchacho comenzó a defenderse tan bien por las escaleras del cerro, que su cara cristalina empezó a ser respetada por los amigotes de Pablo...

DOCTOR LÓPEZ.- A mi hijo se le acusa de ser el líder de una banda que planificó y ejecutó el asesinato de un político importante de este país...

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¡Ya no era septiembre! El muchacho se convirtió en el principal autor del asesinato del diputado, otro hermano del hermano superior. Ese del que hablan todos los medios de comunicación. Hasta mi teléfono que es un perol, recibe noticias en cadena de esa muerte.

DOCTOR LÓPEZ.- ¡No era septiembre! Mi hijo comenzó a mostrar desde hace ocho meses una rebeldía, pensé que era adrede... su adolescencia a flor de piel. Un rebelde de diecisiete años... Luego me enteré de su orientación sexual...

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¿Cómo?

DOCTOR LÓPEZ.- En la valentía con la que fue formado, una noche de un mes, que no recuerdo, nos sentó a mi esposa y a mí y nos dijo: “me gustan los hombres”.

SEÑORA BERMÚDEZ.- Manuel ha sido muy valiente siempre en esta vida... Jamás me sentó para decírmelo... A lo mejor siempre supo que yo sabía que le gustaban los hombres... ¡Era septiembre!

DOCTOR LÓPEZ.- Un golpe bajo que aún no supero...

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¿Y su mujer?

DOCTOR LÓPEZ.- Usted misma lo ha dicho señora Bermúdez, las madres siempre aceptan todo de los hijos, desde las patadas que le dan en su vientre, hasta la tristeza más amarga que le pueda provocar una noche de fiebre, como un día sin respuestas ante tantas llamadas a la puerta de su habitación.

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¡Así somos!

DOCTOR LÓPEZ.- ¡Yo no! Desde mi formación, y lo exigente que soy con mi hijo, no pude aplaudirle una verdad tan tormentosa para mí...

SEÑORA BERMÚDEZ.- El muchacho que por muchas noches venía a buscar la droga que le daba Pablo, y a lo mejor así, ahogar las penas de no ser aceptado maricon por su familia, se volvió preso de las circunstancias. Igual que yo cuando lancé a la licenciada María por las escaleras. Me confieso culpable por encubrir toda esta trampa montada por Pablo. Él siempre me ha dicho: “vieja, usted en eso no se meta... recuerde que ahí está el dinerito que necesita la casa, que necesita usted”. Y si, es verdad. Nunca me he metido en sus cosas... Si no me metí, ni me meto en las cosas de mis hijos, menos me voy a meter en las de él... La noche del asesinato del diputado...

DOCTOR LÓPEZ.- ...Mi hijo no llegó a dormir a la casa. Pensé, no sé si su mamá lo hizo, que continuaba en sus actos de rebeldía. Si se había tomado muy en serio mí no rotundo de vivir con un maricon en la casa. ¡Ya no era septiembre!

SEÑORA BERMÚDEZ.- A veces no entiendo a los estudiados... Razón tenía el hermano superior. Darle la espalda a su hijo...

DOCTOR LÓPEZ.- Me alimentaba un sentimiento de rabia. Había criado un hombre... quería un hombre. No soportaba, ni soporto la idea de descubrirme fracasado como padre. Yo, un hombre justo, con una vida profesional perfecta... luchador. Jamás me rendí para llegar a donde estoy hoy. Entonces, verme con un hijo raro, distinto... distinto en su género.

SEÑORA BERMÚDEZ.- Todos somos distintos doctor psiquiatra.

DOCTOR LÓPEZ.- Lo sé... ¡Pero quería un varón!... Llamé a sus amigos, a lo mejor maricones como él. Pregunté a cada uno, si no sé encontraban con él. A lo mejor me lo negaron. En ese momento pensaba eso. Después corroboré que sus amigos decían la verdad.

SEÑORA BERMÚDEZ.- El muchacho después de matar al diputado no tenía donde quedarse. En ese momento no sabía que venía de cometer tal fechoría. Dejó la pistola en la mesa y continuo pa'l cuarto de Pablo. Mi Manuel tuvo que salirse, Pablo se lo exigió a gritos. Manuel sabía que el muchacho era maricon, eso no le preocupaba, sabía mejor que nadie, que esa escena de teatro respondía a otro suceso, una acotación más grave.

DOCTOR LÓPEZ.- El televisor encendido. El noticiero de media noche comenzando, y un joven de diecisiete años en la calle. Fue ahí donde mi esposa y yo nos enteramos del asesinato del diputado...

SEÑORA BERMÚDEZ.- El muchacho le gritaba a Pablo que le habían reconocido... Que alguien, por los ladridos de los perros y el sonido de nueve disparos, había tenido la valentía de pararse en un balcón cercano de donde había asesinado al diputado. Ahí me asusté. El televisor encendido. El noticiero de media noche comenzando y un joven de diecisiete años era buscado por la muerte de un importante político del país. De otro hermano. Manuel y yo hicimos silencio. Las morochas hicieron silencio... Fingimos no haber escuchado nada. Pablo reconoció el sonido de la televisión. Una y mil veces repetían tal suceso. En la cara del muchacho se reflejaba un pánico incontrolable. Y yo que jamás he sido

mujer de sentir pánico, me sentía paralizada ante tal verdad, ante las cachetadas que Pablo le daba para que reaccionara. Llegó un momento en el que tuve que quitarle al muchacho, sino habría otro muerto. Manuel se fue al cuarto...

DOCTOR LÓPEZ.- Yo salí del cuarto. Prendí un cigarrillo... ocho años y algo más que no lo hacía. Conocía muy de cerca al parlamentario. Fue mi paciente. No podía creer tal crimen... no quería aceptar a mi hijo como su asesino. Cuando mi hijo nos dijo: "me gustan los hombres", no completó esa confesión con un nombre, con el nombre del hombre que le gustaba. Dos días después del asesinato del diputado, cuando volvió a ir a la casa, le colocó nombre... El nombre del hombre que según él era el amor de su vida, y ¿cuál vida? ¿Cuál amor? A los diecisiete años, la vida es fácil de llenar con amores incorrectos, seas hombre, mujer o maricon... ¡No era septiembre! El congresista tenía debilidades por los menores de edad. No le importaba el sexo, chica o chico, le daba lo mismo. ¡Le importaba la edad! Entre los quince y diecisiete les eran más apetecibles para calmar sus bajos instintos. Un cuadro clínico nada normal. En una de sus tantas consultas platicamos de un chico con cara cristalina... galán de serie de televisión. Un chico que debía dejar, por su supuesto enamoramiento errado... Conversamos del país, de lo enredado que estaba como militante, ante una realidad paralela que se comenzaba a entretejer erradamente. Conocía secretos que podían causarle la muerte... Si el diputado hablaba, hundía a muchos de su bando... ¡Estaba resteadado! Me repetía constantemente que había sido formado desde la revolución y para la revolución... No se aceptaba desleal a su revolución... No se aceptaba homosexual...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Tampoco los corruptos se aceptan corruptos... El hermano superior siempre lo decía. La licenciada María era una corrupta... Pero bueno, las envergaduras de los títulos que las personas adquieren, ocultan muy bien las miserias humanas que realmente tienen.

DOCTOR LÓPEZ.- Sabe señora Bermúdez, ya no soy un cura en secreto de confesión... El chico cumpliría dieciochos años a la semana siguiente de esa última consulta. Dejaría de ser un adolescente, un menor de edad. Por ende, ya no le serviría para satisfacer su apetito sexual. Dejaría de utilizarlo... ¡Pero no! El diputado terminó enamorándose del muchacho.

SEÑORA BERMÚDEZ.- El muchacho ya no quería más nada con el diputado. Le parecía viejo... siempre le pareció viejo. Confesó tenerlo como su primer experimento de maricon. Una rebeldía en contra de su padre; además de ser su benefactor... su papá comenzó a no darle dinero.

DOCTOR LÓPEZ.- No quería perderlo. Se valió de cualquier artimaña para retenerlo a su lado... quería hablar con los padres del muchacho...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Obstinado del diputado acudió otra vez a donde Pablo. Le pidió ayuda, el apoyo necesario para salir de él. Pablo asesoró su crimen, planificó cada movimiento... entrada y salida en el lugar. Uno a veces escucha historias sin asociar situaciones... Yo escuchaba historias, tras historias... jamás pensé que sería ésta...

DOCTOR LÓPEZ.- Cuando escuché esta historia por el televisor rápidamente pensé en el muchacho... el joven de diecisiete años, que por esos días cumpliría los dieciocho... Igual que mi hijo, mi único hijo...

SEÑORA BERMÚDEZ.- El muchacho cumpliría también dieciocho años.

DOCTOR LÓPEZ.- Y también otras personas estarían de cumpleaños por esos días. El noticiero por concluir y mi hijo nada que llegaba. Sabía que no iba a venir esa noche... así habían pasado ya varias noches, así seguirían pasando otras noches. ¡Así seguirán pasando muchos septiembres!

SEÑORA BERMÚDEZ.- El crimen fue a las ocho de la noche... Y comenzando el noticiero el muchacho llegaba a la casa. Traía el peso de la muerte del diputado en su espalda... Recordaba sus visitas exponiendo cada una de sus angustias. De sus miedos... Sabe doctor psiquiatra, una noche el muchacho me encontró llorando por lo del problema con la licenciada María. En lo que no se percataron mis hijos. Ya usted sabe cómo son, ¿qué les puedo pedir a las morochas? Menos a Manuel. Él vive en escenarios distintos a esta realidad. Me secó las lágrimas, y en plena confianza comenzamos a conversar de lo que me mortificaba, y de lo que le atormentaba a él. Ahí me enteré de todo lo que ya intuía. Le escuché por primera vez sus quejas en contra de ese hombre mayor, que hasta ese momento creía era un ser común y corriente de este país, no un diputado... Él me escuchó en lo atragantado de sus reproches. Supo el porqué de mis lágrimas, de esa deuda que me quería cobrar la clínica, o, mejor dicho, la corrupta de la licenciada María... Así pasaron las horas. Recuerdo la noche... Hasta una arepa le hice,

mientras le preparaba la cena a las morochas. Llegó Pablo. Hablamos hasta del hermano superior... Un joven que opinaba con desprecio de lo maravilloso que fue el hermano superior. A lo mejor viene de una familia que odia al hermano superior. ¡Pensé! La noche de la muerte del diputado descubrí que su rabia no era por el hermano superior, sino por los dirigentes que jodían a espaldas del hermano... Si no hubiera sido por estar tan cerca de los protagonistas de este suceso, juraría que esta situación es otro caso entre Caín y Abel... A muchos hermanos les molestaba el comportamiento frontal de ese dirigente. Es que este hermano tenía el temple del hermano superior, con sus errores y sus virtudes pues... ¡El diputado les jodía sus vidas! También le jodía la vida al muchacho. Así como me jodía la mía, la licenciada María. Con razón me aconsejó lanzarla por las escaleras de la clínica esa noche cuando me descubrió llorando... Nunca me habló de su familia, pero por encima se le veía lo que ya sabía desde la primera vez que lo vi, aquel septiembre caluroso... ¡Hijo único! De familia acomodada que jamás ha pasado trabajo...

DOCTOR LÓPEZ.- El muchacho es mi hijo. Un joven homosexual al que se le acusa de asesinar a un importante diputado de este país. Donde las averiguaciones se hacen sobre las bases de los rumores, que yo sé muy bien son verdades. Un asesino que vivió oculto algunos meses, no sé en qué escalón, ni en qué casa de algún cerro de esta maldita ciudad. Arrastrando una culpa que comenzó con mi negación en un día cualquiera, y de un mes que no quiero recordar.

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¡Era septiembre! Jamás imaginé que fuera su hijo...

DOCTOR LÓPEZ.- Camino por todas partes buscando respuestas ante este suceso en el que yo fui uno de los personajes principales. Busco distraerme en las muchas consultas que realizo, ayudando a mis pacientes que, a lo mejor, están mejor que yo. Termino yo siendo el paciente ante mis propios problemas, escuchado por las paredes de este perfecto consultorio, donde lo inexacto no calza. Me descubro paciente en mis propias consultas que acumulan terapias para mi expediente... Y entonces, ahí está, mi hijo... llorándome y pidiéndome que lo ame y lo acepte como es. ¡Contándome su crimen! Había comenzado a aceptarlo, pero su orgullo y el mío estaban opuestos. No permitían exponer tales cambios. Sentía cada una de sus declaraciones, desde el día que fue a la casa y escuché el nombre del hombre que había ocultado aquel día cuando nos dijo a mi mujer y a mí, que le gustaban los hombres... ¡Era el diputado! Un ser que se había buscado para fastidiarnos la vida. O para fastidiármela a mí... Mucho mayor que él. ¡Mi paciente! Mi hijo le causaba las crisis pedófilas que yo atendía y medicaba. Esas que orienté en un terminar tranquilo. Esas que nunca denuncié ante las autoridades... quizás por miedo, por secreto doctor-paciente... o porque intuía lo que se me venía encima... El diputado siempre fue terco, siempre obtenía lo que quería... A mi hijo nunca lo obtuvo... ¡Ni yo! En la medida en que mi hijo me iba confesando su crimen, aumentaba su reproche incisivo sobre mí. Me restregaba en la cara sus porqués del asesinato... estaba harto... Harto de tener relaciones sexuales con él... Se le volvía un asco su semen rancio mezclado en la misma sabana con su semen joven y fértil. No sabía cómo quitarse este acuse que en un principio fue su salida fácil de rebeldía. Él no le daba respiro... A veces los políticos no dan respiros... El mismo diputado me había dicho, que pensaba

ponerle guardaespaldas... para así vigilarlo en todas partes. Sentía que, por su edad, el muchacho, su enamorado... mi hijo, se había buscado otro chico que le diera la juventud que él ya no tenía para darle. No sé cómo después desistió de la idea de los guardaespaldas... Así le fue más fácil a mi hijo... Él junto a los otros tres criminales...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Enviados por Pablo...

DOCTOR LÓPEZ.- Golpearon y torturaron a mi paciente... ¡Al diputado! Finalmente es mi hijo el que le dispara nueve veces en el cuerpo, con una nueve milímetro... Balas cargadas por el odio que sentía desde el tiempo que ya venía jodiendo su vida. Salieron despavoridos y reconocidos por alguien que los vio desde un balcón cercano, sacudido por el estruendo incontrolable de nueve disparos...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Y llegó a mi casa, envuelto en el sudor del miedo, con el sudor que produce subir setecientos ochenta y cinco escalones. Los ojos del hermano superior que están al frente, en el edificio que fue tatuado, lo miraba muy punzantemente. Como cuestionándole ese crimen. Nadie lo seguía... ni a los otros... Ellos mismos seguían asustados. Era un pez gordo el que habían matado dentro de la pecera.

DOCTOR LÓPEZ.- A mi hijo ya lo atraparon...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Al muchacho lo sacaron del rancho de donde estaba oculto... Pablo escapó. De los otros tres no sé nada. La licenciada María tiene

partida la pierna, y los ojos del hermano superior hay que volverlos a pintar... El nuevo régimen no conoce de la mirada verdadera del hermano superior...

DOCTOR LÓPEZ.- Ya tiene dieciocho. No le alcanzaran los años para pagar su culpa. A mi hijo se lo comen las miradas de los demás hermanos.

SEÑORA BERMÚDEZ.- Los corruptos echan ácido cuando miran.

DOCTOR LÓPEZ.- No todos son corruptos...

SEÑORA BERMÚDEZ.- No todos son hermanos...

DOCTOR LÓPEZ.- Sigo sin entenderle, señora Bermúdez. Usted sabía que yo era el padre del muchacho. Toda la clínica lo sabe... todo el país lo sabe...

SEÑORA BERMÚDEZ.- ¡Lo sé! Decláreme loca...

DOCTOR LÓPEZ.- Usted no está loca, señora Bermúdez.

SEÑORA BERMÚDEZ.- No está siendo correcto en el cumplimiento de sus funciones, doctor psiquiatra.

DOCTOR LÓPEZ.- Hoy renuncio, antes de que la clínica me lo pida...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Supe que a Pablo le habían pagado muy bien por matar a ese diputado... como sabe, escucho las historias y hago silencio. No le pregunto nada. ¡Manuel hace silencio! ¡Las morochas hacen silencio! ¡El país hace silencio! Con la llegada del muchacho a mi rancho, aquel septiembre lluvioso, ese muchacho al que nadie llamó por su nombre... con su llegada a Pablo se le

acomodó la jugada a su favor. Por eso pudo huir tranquilamente, dejando jodido al otro. Con el muchacho odiando a su misma víctima, Pablo logró matar dos pájaros de un mismo tiro... Días después comprendí porqué el muchacho se ocultaba en otro rancho y no en el mío... Parece mentira que los dos motivos para matar a ese pez gordo se resolvieran con una sola víctima... ¡El muchacho! Jamás supe quién le había dado el dinero a Pablo. ¡Jamás sabré! ¡Jamás sabremos! Mi Manuel seguirá haciendo teatro... Las morochas me seguirán esperando en la casa, junto a la mesa donde reposan mis muertos... Yo sigo haciendo cola, buscando leche para ponerle a mi Mariana... Seguiremos sumándole un día a la resta de la vida... Seguirán apareciendo enfermos y muertos en la clínica... La clínica nos seguirá jodiendo doctor psiquiatra... ¡El país hace silencio! ¡Decláreme loca! ¡Vea mis manos! ¡Todo esto es un invento! ¡Estamos locos doctor!

DOCTOR LÓPEZ.- El país... el mundo... Mi hijo preso y yo sin poder hacer nada, y es que nada se puede hacer. Cada muerto que se suma a la resta de la vida de este país deja de importar mientras las carnes no huelan a diputados. Cada instante se contempla injustificado para mi hijo... ¡Él lo asesinó! ¡Él debe pagar! Ojalá un día despierte y me encuentre las cárceles llenas con todos los asesinos que siguen restándole la vida en este mundo... ¡Usted será mi última paciente! La declaro no apta para continuar con sus funciones. Se le debe aplicar cláusula de incapacidad laboral... La clínica no podrá botarla. Se le debe cambiar de departamento por el acoso laboral perpetuado por la licenciada María sin razón alguna. Esta junta directiva debe esperar que la antigua administración muestre las pruebas de la cancelación de la deuda. Mí diagnóstico, y única orientación

señora Bermúdez, es que usted asista a consulta con el nuevo psiquiatra que la clínica disponga, por lo menos unas veinte sesiones. En la medida que vayan avanzando las sesiones, se irá evaluando su comportamiento... ¡Esperemos que para bien! Un placer conversar con usted. Y recuerde, estamos en secreto de confesión. Lo registraré en su expediente...

SEÑORA BERMÚDEZ.- Se registrará en nuestros expedientes... ¡Ya no era septiembre!

LA SEÑORA BERMÚDEZ CAMINA HACIA LA PUERTA DEL CONSULTORIO, AHÍ SE DETIENE. EL DOCTOR LÓPEZ ABRAZA EL PORTARRETRATO DE SU HIJO. EL SONIDO DE NUEVE DISPAROS DE OYE A LO LEJOS. LOS DOS VAN AL DIVÁN. SE ACUESTAN. APAGÓN TOTAL.

*La Guaira-Venezuela, 15 de diciembre de 2014.*

*Hora: 10:32 pm.*